

A la ville de...

CUANDO ERA NIÑO, mis abuelos paternos vivían en la calle D'en Botella, en pleno barrio del Raval, conocido por aquel entonces como Distrito V o Barrio Chino. La calle D'en Botella era estrecha, como casi todas las del Chino, con los balcones ha-



BULEVAR

DANIEL
VÁZQUEZ SALLÉS

ciendo de tendederos de una colada del día con un fuerte aroma a lejía en contraposición al olor a meado del asfalto.

El piso donde vivían mis abuelos, un cuarto primera sin demasiada luz, lo habían heredado de mis bisabuelos, obreros originales de Águilas que habían llegado a la Barcelona del Noucentisme en busca de una riqueza menos mísera que la que habían heredado de los campos murcianos.

Ese barrio, el de los setenta, ha cambiado mucho. En mi memoria, conservo un paseo con **Joaquín Marco** por la Rambla del Raval. De repente, Quim se detuvo frente a una palmera y dijo: «aquí estaba mi habitación». Y es que los que nacieron en el Raval nunca estuvieron demasiado de acuerdo con los cambios. Quizás porque consideraron las reformas una mera política de fachada, más acorde con la Barcelona guapa que con una política de transformación real. El tiempo, creo, les ha dado la razón.

El Raval ha dejado de estar de moda. Y muerto como escaparate urbano, el barrio ha vuelto a convertirse en una isla amurallada. Quién quiera conocer la realidad de una barriada segmentada en una infinidad de etnias irreconciliables, le recomiendo una charla con **Rosa Gil**, la propietaria de Casa Leopoldo, miembro destacado de la asociación de vecinos de un barrio dividido. Al noreste viven los profesionales liberales. Al noroeste los oriundos. Al sureste los marroquíes. Al suroes-

te los pakistaníes. Una olla a presión que un día va a explotar.

Por eso me sorprende la Barcelona que va a dos velocidades. La Barcelona de los fastos electoralistas como esa rara candidatura a los Juegos Olímpicos de Invierno de 2022, nada tiene que ver con la Barcelona real, inmiscuida en una de esas depresiones que suele vivir la ciudad cada cierto tiempo, y que deja a los barceloneses al borde de la catalepsia. Creo que a pocos importa si de aquí a diez años habrá nieve suficiente para convertir Cataluña en una pista de esquí. Si las cosas siguen igual, nunca va a nevar en el Raval sin una política seria del gobierno de turno.

La candidatura a los Juegos Olímpicos de Invierno es, para muchos ciudadanos, otra muestra de improvisación de unos gobernantes que recurren a estos fuegos de artificio para distraer al personal.

El acto de la candidatura quedó de postal, como casi todas las cosas en esta ciudad de los prodigios.